



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

9 de marzo de 1889

Núm. 71



UN RUMOR EXTRAÑO

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

GRACIAS á Dios que puedo dar una buena, una agradabilísima noticia!

Y es que, en la Exposición de Bellas Artes celebrada últimamente en Munich, los pintores españoles han vendido el 50 por ciento de sus obras, mientras que los franceses sólo vendieron el 10, los italianos el 22, y los alemanes, es decir, los hijos del país, el 38.

No sólo esto, sino que, habiendo presentado nuestros artistas 36 cuadros, obtuvieron tres medallas de oro, al paso que los bávaros, que presentaron 400, sólo obtuvieron dos; Italia, con 200, una; y Austria, con 250, otra.

Nada más grato que dar cuenta de estos triunfos, pues al par que nos hacen cobrar esperanzas de que lleguen mejores días, responden eloquentemente á las malhumoradas censuras de algunos críticos empeñados en sostener que nuestros pintores no saben lo que se pescan.

¡Ojalá, pues es lo cierto, que en todo alcanzáramos en España el mismo nivel que en materia de cuadros!

Yo no negaré que, tocante á la elección de asuntos, no pudieran nuestros autores fijarse en otros menos lúgubres; pero dada la manera como los pintan, no cabe negar que se imponen á la admiración.

De ahí que, al leer hace pocos días una furibunda crítica en que parece se hacía ascos á la *D.^a Juana*, de Pradilla, no pudiese salir yo de mi asombro. Pues ¿qué querría ese buen señor?

Seamos justos: no tenemos autores dramáticos, ó, por mejor decir, los tenemos, pero no escriben; no tenemos buenos gobernantes, no tenemos muchos poetas pasaderos; pero tenemos, sí, grandes, admirables, incomparables pintores, y, además, novelistas de grandísima talla y algunos hombres de ciencia muy notables.

Entre los pintores premiados y condecorados, en Munich, paisanos nuestros, figura uno que, sin ningún género de duda, ha de dar á España una gloria como pocas: me refiero á Emilio Sala.

Es joven aún, célebre, pero tan descontentadizo de sí mismo que su vida es una batalla continua, una persecución infatigable de *lo mejor*.

No es solamente un artista que hace maravillas de luz con el pincel, sino un pensador profundo, un hombre que sólo vive para el arte, un eterno investigador, no ya de recursos técnicos, sino de la finalidad de la pintura.

Valenciano y perteneciente á una familia en que abundan los artistas, pudo formarse desde niño en todas las dificultades de la profesión, y su primera obra valióle una medalla de segunda clase en la célebre Exposición del año 71, que fué la mejor que se ha visto nunca en España.

—¡Al fuego deberían haber ido á parar ya!—exclamó el Sr. Hill, cuya paciencia tocaba ya á sus límites.—Febea: ¿quién te ha dado ese par de guantes?

—Papá,—respondió Febea;—es un regalo del Sr. Brian O'Neill.

—¡El guantero irlandés!—exclamó el Sr. Hill, lleno de terror.

—Sí,—repuso la madre;—esa es la verdad, os aseguro, Sr. Hill. Ya veis, pues, si tenía yo razón.

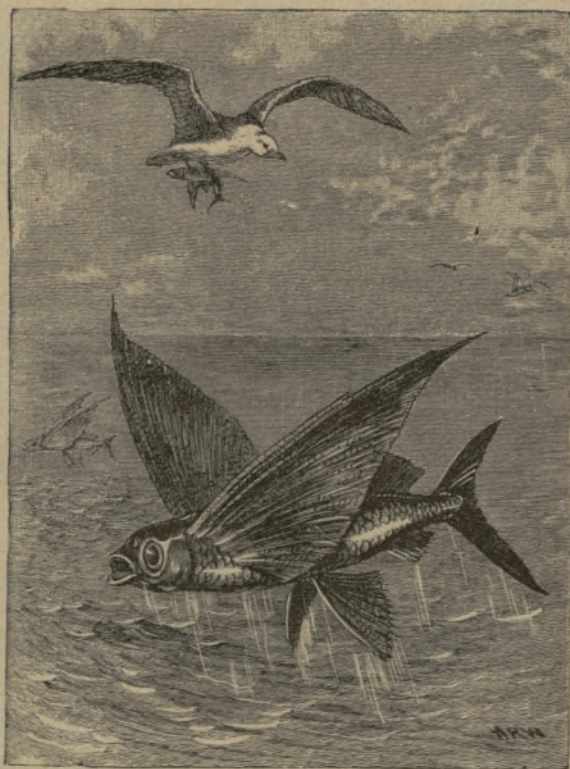
—Quitaos esos guantes en seguida: yo os lo mando, Febea,—dijo su padre con tono que no admitía réplica.—Tengo atragantado á ese Sr. Brian O'Neill desde el primer día que le vi: es irlandés, y esto basta y sobra para mí. Quitaos pronto esos guantes, Febea. Cuando mando una cosa quiero ser obedecido.

Febea pareció experimentar alguna dificultad en quitarse los guantes, é hizo observar con mucha mansedumbre que no era muy del caso ir á la iglesia con las manos descubiertas; pero su madre resolvió al punto la dificultad sacándose del bolsillo un par de mitones que fueron de color oscuro y habían estado enteros algún tiempo, pero que en la actualidad estaban rotos en muchas partes. Además habían sido llevados por una señora más gruesa que Febea, por manera que formaban unas grandes arrugas muy feas sobre los lindos brazos de la joven.

—Pero, papá,—decía ella;—¿por qué cobrar aversión á un hombre, solamente por ser irlandés? ¿Acaso un irlandés no puede ser una persona muy decente?

El digno mayordomo de la parroquia se guardó bien de responder á esta pregunta. Solamente hizo notar que las campanas habían acabado de tocar; y como ya estaban cerca de la puerta del templo, la Sra. Hill miró á su hija de una manera muy significativa y le dijo que, tratándose de la hija del Presidente de la Obra, no era aquella ocasión la más conveniente para entrar en conversación ni ocuparse en personas decentes, ni no decentes, ni con irlandeses, ni en nada del mundo.

Pasaremos por alto todas las conjeturas que hizo la asistencia de fieles para averiguar el motivo que hubiese podido determinar á la señorita Febea Hill á salir un domingo con un par de guantes llenos de rotos y descosidos. Cuando se hubo acabado la misa, el mayordomo fué, con gran misterio, á examinar el boquete practicado bajo los cimientos de la catedral, mientras que



El pez volador

la Sra. Hill se iba á paseo con la señora del especiero y la del paplero, y faltóle tiempo para felicitarse delante de todas las señoras conocidas, que llamaba sus amigas, de la prudencia eminentemente maternal de que había dado pruebas haciendo que el Sr. Hill prohibiera á su hija Febea que llevara sus guantes de Limerick.

Mientras esto, Febea regresaba muy pensativa á su casa: trataba de descubrir la razón que hubiese podido mover á su padre á cobrar aversión, desde el primer momento de verle, á un digno sujeto, tan solamente por ser irlan-



El pez volador

dés. Preguntábase por qué su madre había hablado tanto tiempo del perro de Terranova que habían perdido el año último en el patio de la tenería, y del boquete que existía en los cimientos de la catedral.—¿Qué tiene que ver todo eso con mis guantes de Limerick?—pensaba ella. Y cuando más reflexionaba, menos relación encontraba entre todas esas cosas.

Como no participaba en manera alguna de las prevenciones de su padre contra el Sr. Brian O'Neill, no podía concebir que fuese razonable sospechar de él que se hubiese llevado el perro de la tenería, y menos aún suponerle capaz de abrigar intenciones criminales respecto á la catedral de Hereford.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.
